

Exedisor 12/7/81

## Evita, o la Política en la Alcoba

Por CARLOS CONVERSO

Después de ver la ópera "Evita", en el Teatro Ferrocarrilero, uno se pregunta, a pesar de lo que nos cuenta el espectáculo, quién es este personaje de rasgos míticos, que de verdad existió, y que tuvo y tiene tan fuerte imagen y ascendiente en gran parte del pueblo argentino. Y la pregunta surge porque hay ciertas dudas e inquietudes en relación con la historia de esta Evita.

Los expertos y conocedores podrían decir mucho en torno de Eva Duarte de Perón, y es probable que difícilmente se pusieran de acuerdo, pues se trata de una figura polémica, demasiado cercana en el tiempo y con caracteres propios de una leyenda. Pero ésta es una cuestión secundaria, en tanto que el punto central reside en la reducción que el argumento hace de un período tan importante en la historia argentina (1945-55), en el que surge el fenómeno del peronismo; recalcó en cambio, los elementos anecdóticos alrededor de una idea de cierto destino manifiesto; esto es, cómo Eva Duarte, desconocida muchacha de provincia, dedicada a la vida fácil, decide conquistar la capital, pues presiente que un gran futuro le espera. Con el tiempo logra hacerse de una selecta clientela, que le permitirá, un buen día, conocer al coronel Juan Domingo Perón. De aquí en más y como por arte de magia, el pueblo comienza a rendirle absoluta veneración.

Contar la historia de Evita necesariamente remite a mostrar cuales son las fuerzas y factores principales que generan la ascensión de Perón al poder, así como el vasto movimiento popular que origina; no hacerlo, como es el caso de este espectáculo, significa diluir la verdadera dimensión de ambos personajes, al estar insertos en un medio simplificado y sin contradicciones. De este modo, y a través de la narración de los hechos, el argumento busca, más bien, convencernos de que la historia la hacen, exclusivamente, los héroes o los caudillos. Las escenas más representativas de esto son las que ocurren en la alcoba, lugar donde se derimen los problemas y el futuro de la vida de un país, mientras el pueblo no tiene ninguna expresión o conflicto, excepto la aceptación incondicional a sus líderes.

Por otra parte, este tratamiento argumental ocasiona un notorio desnivel entre un acto y otro. Tenemos una brillante y lograda primera parte, y una reiterativa y débil segunda parte, por más gala de recursos y efectos que el montaje muestra, no puede evitar la repetición, con otros matices, de lo que el primer acto expone, porque se detiene, otra vez, en los ingredientes anecdóticos.

Estos señalamientos no impiden reconocer que "Evita" es un gran espectáculo, en donde se advierte la presencia de un director con sólidos conocimientos de su oficio, la resolución formal, el uso del espacio, la valorización y el equilibrio de actores y objetos dan muestra de ello. La música, elemento fundamental, es de gran calidad, algunos de sus temas muy bien logrados en función de lo que ocurre en la escena; otros, a nuestro gusto, un tanto empalagosos. Los actores tienen, en general, un buen desempeño; cantan y bailan con sobrada solvencia.

(EVITA de Tim Rice. Dirección: Harold Prince. Coreografía: Larry Fuller. Actores: Valeria Lynch y Rocío Banquells en el papel de Evita; Jaime Garza, Jorge País, César Millán y Carmen Delgado, entre otros. Teatro del Ferrocarrilero.)